

Incertidumbres y retos económicos después del 11 de septiembre

(Uncertainties and economic challenges after September 11th)

Velasco, Roberto

Eusko Ikaskuntza. Miramar Jauregia - Miraconcha, 48.
20007 Donostia

Recep.: 18.12.01

BIBLID [1137-4462 (2002), 9; 143-158]

Acep.: 25.01.02

El autor analiza el nuevo escenario económico internacional después de los atentados del 11 de setiembre, caracterizado por una profunda desaceleración en las principales zonas económicas del mundo, sólo compensada por el precio del petróleo. En su opinión, las economías española y vasca registran la situación en mejor estado que en anteriores crisis, aunque las previsiones de ambos Gobiernos para el 2002 son excesivamente optimistas. El artículo termina con unas consideraciones sobre el proceso de globalización, señalando que la pobreza generadora de exclusión sin esperanza es una fuente de conflictos violentos.

Palabras Clave: Ciclo económico, Recesión. Confianza de los consumidores. Globalización. Neoliberalismo. Neokeynesianismo. Pobreza. Coyuntura.

Egileak irailaren 11ko atentatuen ondoko nazioarteko eszenario ekonomiko berria aztertzen du artikulu honetan. Izan ere, munduko zona ekonomiko nagusien desazelerazio sakona da egoera honen ezaugarria, petrolioaren prezioak soilki konpentsatua gertatzen dena. Egileraren ustetan, Espainiako eta euskal Herriko ekonomiak aurreko krisietan baino egoera hobean harrapatzen ditu, nahiz eta 2002rako bi gobernuek egindako aurreikuspenak baikorregiak gertatzen diren. Amaitzeko, globalizazio prozesuari buruzko iritzi batzuk agertzen dira artikuluan eta, bertan esaten denez, esperantzarik gabeko bazterketa sortzen duen pobrezia indarkeriazko gatazken iturria da.

Giltza-Hitzak: Ziklo ekonomikoa. Atzeraldia. Kontsumitzaileen konfiantza. Globalizazioa. Neoliberalismoa. neokeynesianismoa. Pobrezia. Egoera.

L'auteur analyse le nouveau scénario économique international après les attentats du 11 septembre, caractérisé par un profond ralentissement dans les principales zones économiques du monde, seulement compensé par le prix du pétrole. A son avis, les économies espagnole et basque enregistrent une meilleure situation que lors des précédentes crises, bien que les prévisions des deux Gouvernements pour 2002 soient excessivement optimistes. L'article se termine par des considérations sur le processus de globalisation, en signalant que la pauvreté génératrice d'exclusion sans espérance est une source de violents conflits.

Mots Clés: Cycle économique. Récession. Confiance des consommateurs. Globalisation. Néolibéralisme. Néo-keynésianisme. Pauvreté. Conjoncture.

ABSTRACT

El 11 de setiembre, además de las Torres Gemelas, cayó a plomo la confianza de los consumidores y se dispararon la sensación de inseguridad y el miedo que la misma y cualquier anuncio de guerra producen. Pero dentro de tanta incertidumbre hay también algunas certezas: el aumento del PIB mundial se viene desacelerando desde varios meses antes de los atentados y que la caída de los registros se ha agudizado después del 11 de setiembre, sin que exista en estos momentos país o zona importante del mundo que sustente la actividad. Los atentados del 11 de setiembre han disparado muchas alarmas y movilizado numerosas voluntades en la lucha contra el terrorismo global que cualquier persona de bien debe aplaudir. Pero hay que reflexionar y actuar también sobre las causas, económicas o no, que impulsan a tanta gente a afrontar la posibilidad de morir emigrando o la certeza de morir matando. Mientras tanto, no nos queda otro remedio que prepararnos para vivir en un futuro que sabemos distinto pero no en qué medida. Tenemos que acostumbrarnos a convivir con la inestabilidad y la incertidumbre.

1. INTRODUCCIÓN

John Maynard Keynes, para muchos el mejor y de largo el más famoso economista del siglo XX, auguró un pésimo futuro a sus colegas de profesión pertenecientes a la rama profética y muchos otros destacados hijos intelectuales de Adam Smith han desaconsejado el ejercicio de la futurología o reclamado que alguna disposición oficial prohíba a los economistas dar consejos en público; pero ni el pronóstico ni los consejos más prudentes han logrado impedir que miles de colegas se presten a anticipar cada día el porvenir de la economía, de los negocios y de la misma sociedad a sus conciudadanos. Algunos incluso se dedican de manera exclusiva a estos menesteres, ocupando plaza de vidente especialista en cientos de Servicios de Estudio y Prospectiva, pese a que con frecuencia se nos acusa a los economistas de que nuestros conocimientos sirven, como mucho, para explicar lo que ha pasado cuando ya no tiene remedio.

La justificación de la existencia de este curioso fenómeno es, pese a las apariencias, relativamente sencilla. Por un lado tenemos una fuerte demanda social derivada de la angustia de numerosos ciudadanos interesados en adivinar y, si estuviera en su mano, mejorar su futuro personal en una triple dimensión: salud, dinero y amor (observen que el dinero está en el centro de la trilogía). Por otro, es bien conocido que la ventaja competitiva del futurólogo en general y del económico en particular reside en que todas las previsiones, acertadas o inexactas, se olvidan con rapidez. Así que, consciente todo el mundo de que nadie sabe qué diablos ocurrirá en realidad, los economistas ayudan a evitar el silencio, única respuesta insoportable cuando nos preguntamos por el futuro; pero, eso sí, siendo perfectamente conscientes, como les digo, de que los pronósticos errados no serán causa de aflicciones posteriores, al estar la profesión protegida por la inmunidad que proporciona la pésima memoria colectiva.

Los espeluznantes acontecimientos vividos el pasado 11 de setiembre y los posteriores derivados de la tragedia han dado lugar a un nuevo escenario internacional bastante más complejo de lo mucho que ya resulta habitualmente. Y si el miedo ha sido siempre libre y es bien conocido que su abundancia paraliza las decisiones de gasto, el ataque terrorista al corazón del poder político, económico y militar del sistema capitalista facilita extraordinariamente su conversión en pánico, lo que en economía supone un completo malvivir que da rienda suelta al aumento de la irracionalidad de las conductas, ya de suyo demasiado común. Es por eso que los economistas videntes andan estos últimos tiempos trabajando a destajo, apremiados por millones de ciudadanos presos de la gran incertidumbre y confusión reinantes en aspectos que consideran fundamentales para el futuro de sus haciendas y de sus vidas; ciudadanos que, en circunstancias como las actuales, tienden a olvidar más que nunca que el mundo cambia a mucha más velocidad que las ideas de los economistas.

Pues bien. Pese a los reparos que debería haber extraído de este preámbulo y de mis propias convicciones, he aceptado resumirles esta tarde los pronósticos que numerosas instituciones y algunos de mis colegas más temerarios han lanzado a los cuatro vientos en estas últimas fechas. No acudiré, por tanto, a mi bola de cristal (tengo demasiado escepticismo profesional para eso) sino a la de los demás; no daré crédito a mis intuiciones sino a los refinados cálculos de la Academia; no recurriré a los libros de texto sino, como la ocasión de esta tarde nos demanda, a los periódicos. Pero recuerden que los acontecimientos no previstos, como la implosión del sistema soviético, la destrucción del muro de Berlín o el ataque terrorista del 11 de setiembre, son casi siempre los que arrastran tras de sí las consecuencias más importantes y marcan nuevos rumbos en la marcha de la humanidad. Y que los desastres siempre destruyen algunos de los elementos básicos de la economía afectada. Además, en estos momentos conviene recordar también que, según Kenneth Boulding, todas las previsiones acerca del futuro son falsas, aunque ninguna lo sea completamente.

2. INCERTIDUMBRES Y CERTEZAS DE LA COYUNTURA ACTUAL

La coyuntura actual se caracteriza por un nivel extraordinariamente alto de incertidumbre y riesgos, tanto en las economías avanzadas como en los mercados emergentes. Las previsiones de crecimiento en 2001 de la prestigiosa publicación "Consensus Forecasts" correspondientes al mes de julio y no modificadas antes del 11 de setiembre indicaban una desaceleración en curso de la economía de EEUU, que se estimaba que crecería en el año a una tasa del 1,6%; un crecimiento prácticamente igual a cero en Japón; y la zona euro con tasas positivas en el año 2001 del 1,9%. En las mismas fechas se preveía que las principales economías se recuperarían fuertemente en 2002. Después resultó que las tres principales zonas económicas del mundo se estaban desacelerando más rápida y profundamente de lo esperado, que el PIB japonés cayó un 0,8% y que el crecimiento en EEUU y Europa fue prácticamente igual a cero, todo ello en el segundo trimestre.

El 11 de setiembre, además de las Torres Gemelas, cayó a plomo la confianza de los consumidores y se dispararon la sensación de inseguridad y el miedo que la misma y cualquier anuncio de guerra producen. Pero dentro de tanta incertidumbre hay también algunas certezas. La primera es que, como se ha señalado, el aumento del PIB mundial se viene desacelerando desde varios meses antes de los atentados y que la caída de los registros se ha agudizado después del 11 de setiembre, sin que exista en estos momentos país o zona importante del mundo que sustente la actividad; al contrario, todos sin excepción la empujan hacia abajo. La segunda certeza es que el comercio internacional se ha desplomado bruscamente, previéndose que termine el ejercicio con un crecimiento del 2%, el peor registro de los últimos 20 años. Y otra gran verdad, esta de sentido contrario, es que los precios del petróleo han caído notablemente desde el 11 de setiembre, contribuyendo a aliviar parcialmente la situación económica global.

Estos hechos comprobados nos conducen a afirmar que estamos ante una fase descendente y sincronizada mundialmente del ciclo económico, circunstancia que una experiencia de siglos consagra como de recesión entre dos períodos de expansión económica. No es una crisis que afecte sólo a unas regiones del planeta o que se centre exclusivamente en el sistema financiero de países con graves desequilibrios en sus macromagnitudes; se trata de una desaceleración global en toda regla, de una caída del ciclo de los negocios. Si algunos observadores se muestran sorprendidos e incrédulos es porque hasta hace sólo unos meses algunos espabilados habían vendido a bombo y platillo la desaparición de los ciclos económicos: muchos años, casi 10, de prosperidad en Estados Unidos y el **boom** de las tecnologías de la información y comunicación, hábilmente manejados en su favor por algunos bancos de inversión y grandes consultoras multinacionales, sirvieron de base para difundir la idea del futuro crecimiento imparable de la productividad, el advenimiento de una nueva era de prosperidad para todos al amparo de la red de redes y su hija predilecta, la economía digital.

En el fragor de la euforia ciberespacial, algunos gobernantes llegaron a creer que con inflación y déficit iguales a cero, pactos de estabilidad y mucha, muchísimas flexibilidad y desregulación, podrían convencer a los mercados financieros, los nuevos guardianes de la ortodoxia económica, de su capacidad de amaestrar la coyuntura, hasta ahora caprichosa y voluble como una quinceañera.

El círculo virtuoso era un invento, por supuesto, pero muchos empresarios e inversores mordieron el anzuelo y hasta algunos circunspectos banqueros se fotografiaron descorbatados junto a los últimos vendedores de crecepelo del siglo XX, a veces con costes multimillonarios para sus accionistas. Pero ¿quién se acuerda a estas alturas de los fabricantes de la burbuja **puntocom** y de sus afirmaciones? ¿alguien ha pasado factura por tanta tergiversación interesada de los fundamentos de los mercados bursátiles? Esto ya no le importa a nadie, la gente sólo quiere saber si estamos o no en recesión, si la cosa se pondrá peor y si la situación se prolongará en el tiempo: o sea, lo nor-

mal en estos casos. Y para encontrar las oportunas respuestas, todas las miradas se vuelven hacia la economía estadounidense, la única locomotora actualmente capaz de arrastrar a la economía mundial y que, a falta de la confirmación que se producirá en las próximas semanas, casi todos los analistas están convencidos de que ha entrado en lo que técnicamente llamamos recesión, es decir, en dos trimestres consecutivos de crecimiento negativo del PIB.

La pregunta del millón de dólares, como acabo de indicar, trata de conocer si estamos o no en recesión y, en caso positivo, si será profunda y de larga duración. Y la mayoría de los economistas futurólogos, los organismos multilaterales y demás instituciones que encuentran en animar al personal una de las principales razones de su existencia, aseguran que, en el caso de que se produzca, la recesión de la economía norteamericana no será ni profunda ni duradera, sin que falten quienes afirman que será una de las más suaves de los últimos 50 años. Según casi todos ellos, la recuperación llegará en el segundo semestre del próximo año, porque el impacto económico de los atentados, apenas unas décimas del PIB, hay que considerarlo como un "shock externo" que no ha modificado apreciablemente la base productiva del país. Ahora que se ha puesto de moda representar por medio de letras del alfabeto los cambios de ciclo, estaríamos ante una "V" (caída rápida con rebote y pronta recuperación) y no ante una "U", que equivaldría a aceptar una fase temporal de recesión representada por los bajos de la letra, o una fatídica "L", es decir, una recesión prolongada. No faltan tampoco quienes han recordado que las guerras y los períodos de movilización nacional para una confrontación internacional han tenido en la segunda mitad del siglo XX unas consecuencias muy positivas para la economía norteamericana (Norman Birnbaum). Esta postura optimista contrasta con los temores de los ciudadanos, lo que anima a preguntarnos si estamos ante un caso más de miopía de los economistas o ante una conmoción social transitoria.

La cuestión que inclina la balanza en estos casos suele ser la credibilidad que ofrecen quienes lanzan estas afirmaciones, sean optimistas o pesimistas. Para ilustrarles en esta materia, la revista **The Economist** preguntaba hace unos días a sus lectores si comprarían un automóvil de segunda mano al mismo concesionario que le vendió meses antes otro que reventó en pocas semanas. Y añadía a continuación que estos mismos adivinos juraban hace un año que la economía de Estados Unidos crecería el 3,5% en 2001, en enero redujeron la tasa pero hablaban de un "aterrizaje suave", y a comienzos de setiembre negaban cualquier atisbo de recesión. Pues bien, el jarro de agua fría le han arrojado esta vez los economistas de la OCDE, que prevén una recesión en los países desarrollados por primera vez en 20 años y consideran que en el segundo semestre de este año se habría producido un crecimiento negativo del 0,6% en Estados Unidos y del 0,3% en el conjunto de los 30 países miembros de la organización.

El problema reside ahora en saber si este que Paul A. Samuelson ha llamado "nuevo tipo de economía de guerra para Estados Unidos y el mundo" ha da-

do fecha de caducidad a los análisis económicos convencionales al uso; si lo que se ha llamado “crisis de los estándares conocidos sobre aglomeración, movilidad y seguridad” afectará a las reglas del juego en un sentido que hoy por hoy es indeterminable y si modificará los comportamientos de los agentes en una dirección impredecible. En concreto, es posible que el terrorismo global haya impuesto unos costes nuevos, los costes de la seguridad, que quizás nunca desaparezcan en sectores directamente relacionados con el peligro terrorista como el turístico, el aeronáutico y el asegurador; unos costes que el economista jefe de Morgan Stanley, Richard Berner, ha llamado “los daños duraderos” y cuya repercusión trasciende a las recuperaciones cíclicas que suceden a las épocas de recesión. En definitiva, nos debatimos sobre lo razonable o no de tener la humildad de identificar el futuro económico con una “X”, la letra que los matemáticos eligieron como genuina representante de la incógnita.

Una parte de los observadores cree ahora que la caída del consumo americano influirá negativamente en el crecimiento de sus proveedores: Asia (incluida China, que ha resistido bastante bien hasta el momento), Canadá, México y la Unión Europea. Y que la atmósfera de incertidumbre generalizada reducirá los flujos internacionales de capital. Por todo ello están convencidos de que la situación tenderá a empeorar, incluso con políticas fiscales expansivas, y que los efectos negativos afectarán en mayor o menor medida a todos los países. De creer a esta corriente de opinión, el año 2002 terminaría de la misma triste manera con la que va a empezar, y no sólo por tratarse de un año capicúa.

Hay también motivos para no caer en la desesperación y el fatalismo. Entre ellos destacan la ya comentada evolución del precio del petróleo y algunas de las políticas anticrisis que se han adoptado, en ocasiones de manera concertada y a veces olvidando las rancias recetas ortodoxas del pasado. Juega también a favor la experiencia adquirida en el manejo de las crisis. Además, la inflación ha dejado de ser un problema de primer orden, lo que permite la puesta en marcha de políticas monetarias más laxas, y algunos Gobiernos han empezado a activar la política presupuestaria y a poner el dinero público a trabajar, como luego veremos. La respuesta de las Bolsas, después de la conmoción provocada por los atentados y el inicio de operaciones militares, es también moderadamente esperanzadora, aunque es igualmente cierto que puede esperarse el regreso de la tormenta o cualquier reacción en sentido contrario de unos mercados que han extremado últimamente su volatilidad.

3. LA SITUACIÓN EN JAPÓN, AMÉRICA LATINA Y UNIÓN EUROPEA

Si repasamos ahora la situación en otras zonas del mundo, nos encontramos con que Japón vuelve a estar en recesión, aunque esto ya no es noticia después de una década decepcionante jalonada por cuatro fases depresivas y un sistema financiero en gravísimo apuro, por decir lo menos. La noticia es, quizás, que no hay perspectivas de que la economía japonesa levante la cabeza en breve, una vez comprobado que ni la política fiscal expansiva ni el recor-

te de los tipos de interés hasta el 0% han dado resultado positivo alguno. Con la tasa de paro en niveles récord y la situación internacional más incierta que nunca, Japón es un claro candidato a una importante contracción de su actividad económica. Por el momento la recesión se ha aposentado ya en Singapur, Taiwan y Malasia, previéndose la pronta incorporación al grupo de Corea del Sur, Tailandia y Filipinas.

América Latina también se va a ver afectada negativamente por este nuevo escenario, tanto en términos de economía real como de economía financiera, especialmente a través de esta última. En conjunto, el PIB del subcontinente aumentará el 0,9% este año frente al 7% que el Banco Interamericano de Desarrollo juzga como tasa mínima de crecimiento para que estos países eliminen pobreza y mejoren sus fuertes distorsiones en la distribución de la renta. Se estima que Brasil, Venezuela y Chile verán caer fuertemente sus tasas de crecimiento y no sé qué desgracias de la situación argentina les puedo contar que ya no sepan y, en algunos casos, padezcan a través del “efecto tango” (aunque quizás habría que hablar de “efecto milonga”) que viene haciendo sufrir a la Bolsa española: cuatro años consecutivos de crecimiento negativo, una deuda externa cuya carga resulta insoportable y un tipo de cambio del peso con el dólar que, después de rendir sus frutos en la pasada década, se ha convertido en una trampa en la actual. Todo ello aderezado por una clase política, empresarial y sindical que no dudo en calificar de tercermundista en un país que sufre en exceso y contempla impotente cómo se desmorona la clase media más importante y culta de toda América Latina.

¿Y la Unión Europea? Pues aquella Europa alegre y confiada que, sin ningún fundamento, se atrevía a decir hace un año que no le afectaría la recesión norteamericana, presenta hoy una debilidad y unos problemas de parecido tamaño. La intensidad de la ralentización y su temida perdurabilidad están incluso provocando un fuerte ajuste de los mercados de trabajo, que en algunos países afecta ya a los contratos fijos. El consumo ha aguantado más, pero la confianza de los ciudadanos está cayendo en picado y los resultados se pueden acercar a los del otro lado del Atlántico, aunque es cierto que las familias europeas están mucho menos endeudadas que las americanas. El comisario de Asuntos Económicos y Monetarios, Pedro Solbes, estima que la zona euro crecerá este año el 1,5%, porcentaje que en un alarde de optimismo hizo extensivo al 2002. Pero veamos cómo están las cosas.

Del antiguo motor de la economía europea, Alemania, hace tiempo que sólo nos llegan malas noticias, como las tres recuperaciones abortadas de su economía desde la reunificación en 1990: los seis principales y prestigiosos Institutos Económicos de ese país se han puesto ahora de acuerdo en aceptar que la economía de la República Federal está “al borde de la recesión” y en presentar ante la opinión pública un sombrío panorama a corto plazo con el que toda la sociedad alemana está de acuerdo... menos el canciller Schröder, faltaría más. El caso es que la producción industrial alemana ha decrecido claramente en los últimos tiempos y que la confianza de los consumidores se degrada mes tras mes.

Los demás países de la Unión están también revisando a la baja todas sus previsiones de crecimiento y algunos como Bélgica o Italia registraron ya tasas negativas en el segundo trimestre, todo ello en un ambiente en el que los objetivos generales del Pacto de Estabilidad (crear en la eurozona un espacio económico creíble y eficaz) empiezan a parecer utópicos, lo mismo que el propósito de alcanzar en todos los países el equilibrio presupuestario en el 2004.

Apenas unos meses después de iniciado el camino descendente del ciclo ha quedado demostrado que algunos importantes países diseñaron sus planes presupuestarios en base a pronósticos económicos demasiado optimistas y cuando acabe el año, dentro de tres semanas, los déficit públicos de Italia y Alemania se habrán acercado peligrosamente al máximo del 3% del PIB previsto en el Pacto de Estabilidad fijado en 1997. ¿Dónde se pueden situar los déficit de estos países en 2002, si se confirman los malos augurios? Da la impresión que la construcción europea está a punto de vivir un período de prueba, otro más en la historia del proceso integrador.

¿EXISTE LA EXCEPCIÓN ESPAÑOLA?

Y la economía española, ¿cómo se está comportando en este océano de incertidumbres? Pues hasta hace unos pocos meses francamente bien, ofreciendo una fuerte resistencia al enfriamiento general gracias a la robustez de su demanda interna y a la inversión, especialmente la correspondiente a los bienes de equipo y a la construcción. Con estos datos a la vista, el Boletín Económico del Crédit Agricole se preguntaba con cierto asombro el pasado octubre si estábamos en presencia de “la excepción española”. La respuesta es, desde luego, negativa, porque la economía española es una economía extraordinariamente abierta y la experiencia demuestra que las recesiones y recuperaciones que le afectan se inician siempre por el sector exterior; un sector que ya está dando más que síntomas de debilidad, lo mismo que la tasa de paro registrado.

El Banco de España ha confirmado la fuerte desaceleración económica del consumo y la inversión del tercer trimestre del año actual, que registró el nivel más bajo de crecimiento del PIB desde 1996, aunque estimado en un nada despreciable 2,5% por sus economistas. Lo cual indica que, pase lo que pase a partir de ahora (y no parece que habrá buenas noticias a corto plazo), estamos en una situación diferente a la de anteriores crisis, cuando la economía española se hundía estrepitosamente en etapas de recesión internacional. Y demuestra que la incorporación a la Unión Europea y a la disciplina de la eurozona nos está permitiendo romper con las malas tradiciones, así como abordar los problemas de una eventual recesión global desde una situación de ventaja relativa.

En cuanto al futuro inmediato, el principal peligro que observo en la economía española, lo digo seriamente, es el aumento de la autoestima que los

registros muy favorables del pasado y los relativamente favorables del presente han producido en el Gobierno. Creo honestamente que puede llegar a amenazar la supervivencia del sentido común, tan importante en cualquier responsable de la Política Económica. Desde luego los síntomas no son los mejores: siempre este Gobierno ha sido renuente a modificar sus previsiones económicas en cualquier materia (inflación, crecimiento, empleo), por mucho que la realidad tire hacia abajo de los dígitos correspondientes: su fe en que el simple paso del tiempo hará justicia a sus predicciones sería digna de encomio si no rayara en la obstinación o, como algunos han señalado con intenciones más aviesas, en el **tancredismo** económico. Pero esta vez es peor, porque, con la que está cayendo, han elaborado un proyecto de Presupuestos Generales del Estado para el 2002 que contemplaba e hizo pública bastante antes del 11 de setiembre una tasa de crecimiento del 2,9%; tasa que se ha mantenido nada menos que hasta el 7 de diciembre, fecha en que se ha reducido en medio punto porcentual.

Todas las estimaciones de organismos multilaterales (FMI, OCDE) para la economía española en 2001 y 2002, lo mismo que las correspondientes a servicios de estudio nacionales y a economistas francotiradores, contemplan tasas de crecimiento abiertamente inferiores (en ocasiones en más de un punto de PIB) a las del Gobierno; incluso el Círculo de Empresarios ha considerado de “escasa fiabilidad de las previsiones económicas” sobre las que se sustentan los Presupuestos. La OCDE ha dejado la tasa en el 2%, lo mismo que la Comisión Europea. Pero todos deben estar equivocados, a no ser que las anunciadas por el Gobierno no sean realmente previsiones sino **fijaciones**. El problema es que luego la realidad obligue a reajustar precipitada y “creativamente” las cuentas públicas, recortando los gastos en los que se basa el crecimiento futuro para cumplir con el objetivo tantas veces pregonado del equilibrio presupuestario, el famoso déficit cero. No debemos olvidar, y mucho menos el Gobierno, que si bien hemos mejorado nuestra convergencia en renta por cabeza con la media de la Unión Europea (82,8% en 2000 frente al 72,5% de 15 años antes), nuestro capital tecnológico es sólo el 41% de la media comunitaria y la dotación de capital público por habitante apenas supera el 70% de la misma. Esa y no otra es la estatura real de la economía española, no nos hagamos trampas en el solitario elaborando Presupuestos estilo “soufflé”. Y ese reto, el de la convergencia real con los Estados más desarrollados de la Unión, es y continuará siendo el principal reto de España en los próximos años.

En el caso de la Comunidad Autónoma del País Vasco se observa también un optimismo considerable a la hora de establecer el escenario macroeconómico sobre el que se asienta el proyecto de Presupuesto 2002 del Gobierno Vasco. Si, como hemos visto, el Gobierno central estima un crecimiento del 2,9% del PIB en dicho año, pues el autonómico lo establece en el 3%, pese a la creencia generalizada de que el PIB vasco crece más que la media española en épocas de bonanza económica y bastante menos en las fases descendentes del ciclo. El recorrido de la economía vasca ha sido muy favorable los últimos años, con crecimiento del PIB superior al 5% en el período

1999/2000, pero se va a reducir a la mitad (2,7%) este año, en el que estamos viviendo de la inercia de ejercicios anteriores.

La patronal alavesa SEA ha calificado la situación actual como una “etapa de ralentización con tendencia recesiva” y creo que difícilmente se podría definir mejor. En particular, la industria vasca tiene ante sí un panorama ciertamente preocupante que parece no haber percibido en su totalidad la Administración autonómica. Por eso, plantear unos Presupuestos 2002 sobre la base de un crecimiento superior al que se va a registrar este año parece más el resultado de haber hecho suya la **estrategia del avestruz** del Gobierno central que otra cosa: ¡pues nosotros una décima más! O igual resulta que con tantos años de prórroga presupuestaria hemos perdido la práctica. En todo caso, la economía vasca afronta la franca desaceleración ya iniciada en mejor situación que en ocasiones anteriores, lo mismo que hemos significado para el conjunto de la economía española.

4. ENTRE FRIEDMAN Y KEYNES

Llegados hasta aquí, vamos a detenernos ahora en algo que me parece muy importante, a saber, la polémica que ha surgido a propósito de las medidas más idóneas para atajar la desaceleración y recuperar el pulso perdido de la economía. Me refiero, naturalmente, a la política anticrisis que los Gobiernos y Bancos centrales de los países más influyentes han puesto o han de poner en marcha si este fuera el caso, que tampoco hay acuerdo en este punto. Más en concreto, se discute estos días si los poderes públicos deben compensar o no la caída de la demanda global inherente a toda desaceleración o recesión de la actividad económica a través de sus políticas más tradicionales, la fiscal y la monetaria.

En teoría, las posturas enfrentadas están muy claras. De un lado, los partidarios a ultranza del liberalismo económico, los llamados neoliberales, sostienen que hay que vencer las tentaciones de intervención en los mercados que se agudizan en situaciones de gran incertidumbre como la actual.. Según ellos, “el intervencionismo enmascara los síntomas pero agrava la dolencia básica”, por lo que es mejor dejar actuar a los estabilizadores automáticos que poner en marcha políticas activadoras de la demanda que sólo pueden conducir a medio plazo a más déficit público y más inflación. En torno a este planteamiento, claramente mayoritario en la doctrina durante las últimas décadas, hay un sector bastante monolítico, en el sentido que le da a esta expresión la coincidencia en que lo mejor es no hacer nada.

Enfrente de esta opción hay otra que podemos llamar neokeynesiana, firme partidaria de la intervención del sector público para intentar corregir la tendencia recesiva del ciclo, aunque existe mucha división interna en lo que se refiere al momento en que debe producirse o la intensidad que debe tener la respuesta de los Gobiernos y, aún más, sobre los instrumentos que conviene utilizar. Tienen claro, no obstante, que el argumento de los fundamentalis-

tas del liberalismo económico, en cuanto que los mercados se ajustan a sí mismos, es erróneo, como acaba de corroborar Joseph Stiglitz, uno de los recientemente galardonados con el Nobel de Economía.

Luego está, naturalmente, la actitud que los Gobiernos adoptan en cada momento y el respeto que les merece su ideología económica cuando la enfrentan a las circunstancias, en este caso a una grave crisis de demanda. Ese suele ser el instante en el que comienzan las sorpresas y los políticos tienden a evitar la discusión sobre la mayor o menor efectividad de las políticas monetaria y fiscal; simplemente, las aplican. Vean, si no, cuánto ha tardado el Presidente Bush en olvidar o, por lo menos, suavizar su liberalismo económico después del 11 de setiembre: pues el tiempo justo que las grandes empresas de Estados Unidos esperaron antes de pedir árnica al Gobierno de Washington, no más de una semana. Cuando los malos resultados empresariales, los despidos masivos y el estancamiento del consumo han emitido señales inequívocas, el Gobierno ha abierto la cartera para empezar a financiar programas de reactivación y, de paso, ayudar a los grandes “lobbies” empresariales. El mayor peligro en estos casos suele ser hijo de la precipitación, a saber, que los estímulos sean excesivos y al final se alimente la inflación. Esto es lo que ha recordado hace unos días Alan Greenspan, el Presidente de la Reserva Federal y mago del “fine tuning”, el ajuste fino; pero según el senador republicano por Texas, Phil Gramm, “la palabra de Greenspan es para los norteamericanos como la Biblia, la gente escoge lo que quiere y olvida el resto”.

El camino elegido por Bush, en el que el Estado asume más que nunca la dirección de la política económica y toma la iniciativa y buena parte del peso de la reactivación se va a materializar en medidas tan típicamente keynesianas como el aumento del gasto público y el décimo recorte anual hasta dejar en el 2% el tipo de interés, un intento desesperado este último de salvar el mercado de la vivienda, que, a su vez, es el que mantiene la riqueza patrimonial de muchos hogares estadounidenses, habitualmente muy endeudados por la compra de sus casas. Y, por si esto fuera poco, ha aprobado una discutida reducción de impuestos para incentivar la demanda y acallar cualquier queja de sus electores republicanos. Todo lo cual ha provocado un cierto alborozo de los keynesianos recalcitrantes que, después de tanto menosprecio sufrido se permiten incluso alguna frase irónica, como esta del periodista y economista (mezcla peligrosa donde las haya) Joaquín Estefanía: “estaban disfrazados de honestos neoliberales y resulta que eran pérfidos neokeynesianos”. Así como la amarga protesta del jefe de filas del neoliberalismo Milton Friedman, para quien estos programas de gasto público son “totalmente indeseables y perfectamente innecesarios”, pese a reconocer que la tragedia del 11 de setiembre “ha dado respetabilidad social al gasto público”.

Afortunadamente para Bush y para todos, Estados Unidos tiene un superávit fiscal impresionante que legó el Presidente Clinton gracias al famoso “dividendo de la paz” generado por la reducción de los gastos de defensa tras el fin de la Guerra Fría y de la Guerra del Golfo. Situación que permite soportar sin serios problemas macroeconómicos la política anticrisis del Gobierno Fe-

deral, pero no vendría mal desempolvar los libros de política fiscal y ver si nos aclaramos, porque “no sería la primera vez que una política fiscal equivocada llevara a la economía al pozo de la recesión” (Roc Armenter).

Perdóneme esta intromisión, que es sólo aparentemente teórica, en la política fiscal, pero hay un asunto que no es precisamente baladí, sobre todo cuando el arsenal de medidas monetarias está prácticamente agotado en Estados Unidos y tiene ya escaso recorrido en Europa. ¿Hay que hacer mayor énfasis en la reducción de impuestos o en el aumento del gasto público? ¿han de tener las ayudas carácter permanente o temporal? ¿Deben ser las empresas o los consumidores los principales beneficiarios de las ayudas? Pues, como pasa siempre en economía, hay opiniones para todos los gustos. Para traer a colación una opinión muy respetada, recurro de nuevo a Paul A. Samuelson, quien a finales de octubre recordaba que “la reducción de cargas fiscales sobre quienes están dispuestos a gastar sin ser ricos es la forma más poderosa de macropolítica para contrarrestar los ciclos”. Pero debo aclarar que Samuelson habla siempre de recortes temporales de impuestos, en este caso de un plazo de dos años. Otros especialistas recuerdan, sin embargo, que de nada o de muy poco servirán las rebajas de impuestos al consumo si la falta de confianza de los consumidores les retrae a la hora de convertir ese incremento de su renta disponible en aumento de la demanda; y afirman que los efectos del gasto público son más fáciles de predecir y de controlar. En fin, seguiremos discutiendo.

De todos modos, la cuestión de fondo es saber si hemos entrado en un período de guerras descentralizadas y ataques terroristas puntuales, como parece, y el tiempo que las expectativas de consumidores y empresas tardarán en adaptarse a este nuevo entorno; es decir, hasta considerarlo más o menos “neutral” a efectos del crecimiento económico. Esta es, para mí, la gran incertidumbre de estos momentos.

Los ecos de la política anticrisis de Estados Unidos han llegado a Europa y a España. En algunos países de la eurozona se empiezan a escuchar ya voces reclamando la redefinición del Pacto de Estabilidad, para diferenciar los déficit estructurales de los ocasionados por las adversas circunstancias que pueda traer consigo la coyuntura. Un asunto que equivaldría a desvirtuar el Pacto y que, además, presenta serias dificultades técnicas. Pero el peor síntoma es que los cantos de sirena procedan de Alemania, país que forzó su firma porque no se fiaba ni mucho ni poco de algunos países sureños de la Unión.

Otro efecto de la situación parece ser la nueva actitud del BCE, incapaz de resistir las presiones de los propios Gobiernos de la eurozona, así como del FMI, la FED y demás organismos defensores de los intereses norteamericanos. Y en el caso español, el propio ministro de Hacienda, Cristóbal Montoro (que para algunos es uno de los neoliberales más representativos de la escena nacional) ha dicho que si disminuyen los ingresos públicos y aumentan los gastos sociales como consecuencia de la situación económica, no se sacrifi-

carán las inversiones públicas sino el dogma del déficit cero. Lo cual resultaría tranquilizador, porque no hay que ser vidente para saber que ambas cosas van a suceder. Pero ocurre, sin embargo, que no es esta la actitud que viene manteniendo el Gobierno para contrarrestar el estancamiento de la recaudación indirecta que ha provocado hasta el mes de setiembre el menor tono de la actividad económica, porque al final del tercer trimestre la inversión directa del Estado había caído intensamente, un 10% en términos de Contabilidad Nacional. Por eso conviene insistir una vez más en que convergencia real y déficit cero componen una difícil ecuación.

Pero ¿será también el ministro Montoro otro pérfido neokeynesiano disfrazado de honesto neoliberal? Pues vayan ustedes a saber, porque si hemos de conocerles por sus hechos, lo cierto es que la presión fiscal española ha crecido desde 1996 en 2,7 puntos porcentuales del PIB (hasta el 35,3% en el año 2000) y me temo que el aumento anunciado de los impuestos que gravan las gasolineras, alcohol y tabaco (en algunos casos con argumentos que, en un ataque de generosidad, calificaré de curiosos) superen ampliamente la futura reducción del IRPF prevista para el final de la legislatura. Si es que la reducción tiene realmente lugar.

LAS OTRAS CARAS DE LA GLOBALIZACIÓN

El último apartado de mi intervención le voy a dedicar a elevar la mirada hacia el proceso de globalización, precisamente ahora que al debate iniciado sobre este asunto le han puesto sordina momentánea los atentados del 11 de setiembre y sus consecuencias.

En este camino sin retorno hacia lo que ya se llama capitalismo global vamos perdiendo algunos de los valores que contribuyeron a forjar nuestro pasado y no acabamos de perfilar los que han de cimentar el futuro. Estamos contemplando la pérdida de autonomía de los Estados y los Gobiernos que los representan en las decisiones relacionadas con la macroeconomía, junto a la aparición de nuevos poderes financieros y políticos que con la ayuda de la revolución tecnológica que la era de la información ha hecho posible, están acelerando los movimientos uniformizadores del planeta. Y todo ello produce una enorme desorientación en el mundo económico, en el que la realidad marcha muy por delante del entramado institucional que debe enmarcarla y hacerla previsible.

En este ambiente crece el fenómeno de la globalización, tanto la que podemos llamar oficial como las oficiosas. De la primera se habla y escribe mucho: contiene la libre circulación de capitales, el libre acceso a los mercados, las empresas multinacionales y la cultura y el consumo masivos. Pero hay también otras globalizaciones: de la droga, del blanqueo masivo de dinero sucio, de los fraudes fiscales, del comercio de armas, de la mafia y las sectas, de la trata de blancas. Y cada día que pasa es más difícil controlar estos segmentos negativos de la globalización, pues también se aprovechan de la liber-

tad ofrecida por los medios electrónicos de comunicación y no contribuyen precisamente a hacer que el mundo sea un lugar mejor y más seguro.

La mayoría de las veces se trata simplemente de organizaciones criminales, pero no escasean tampoco las ocasiones en las que Administraciones públicas y entidades privadas de buena reputación no contribuyen con sus actitudes a la solución de algunas situaciones escandalosas. La OCDE, por ejemplo, tiene identificados 35 paraísos fiscales y desde 1998 desarrolla un proyecto para que dejen de serlo antes de que termine el año 2005, entre el escepticismo general.

Para hacer frente a estos problemas globales ¿con qué contamos? Pues contamos con lo que Michel Camdessus, el anterior director general del FMI, llama “el archipiélago de instituciones” que se crearon en 1944/45, al fin de la segunda guerra mundial, para resolver los problemas que se conocían entonces, pero no los problemas actuales. Y, además, no sólo se observan serias dificultades de adaptación de la mayoría de estas instituciones a la realidad presente; también parece muy difícil (por no decir imposible) la coordinación de sus programas y actuaciones, porque “obedecen a una lógica funcional diferente” (M. Camdessus).

Vaya por delante que yo estoy a favor de la globalización en el sentido de la creciente integración transfronteriza de mercados y que, además, me parece inevitable y fructífera, también para los países menos desarrollados. En lo que disiento radicalmente es en que la apertura de los mercados sea unidireccional, que sean los países pobres los que abran las fronteras mientras las naciones más ricas de la tierra conservan los suyos cerrados a cal y canto, poco más o menos. Mike Moore, el director de la Organización Mundial de Comercio (OMC), pretendía hace unas semanas desmontar el mito de que los países subdesarrollados pierden terreno en el sistema de comercio mundial y se quejaba de que, al igual que otros muchos mitos, éste gane en autoridad y convicción a medida que se aparta más de la realidad. Pero no pudo dejar de reconocer que “con demasiada frecuencia son los productos más competitivos de los países pobres los que sufren la protección más elevada de los países ricos”. Y no sólo se trata de productos agrícolas, “que a menudo tropiezan con obstáculos insuperables”, sino de muchos productos industriales, como textiles y prendas de vestir.

Algo se ha avanzado, qué duda cabe (los países en desarrollo representan ahora la tercera parte del comercio mundial, frente a la quinta parte de los años 70), pero las desigualdades del sistema multilateral son todavía escandalosas y el divorcio entre las declaraciones de las reuniones internacionales y las realidades se hacen cada día más insoportables. Mientras estas cosas no cambian las rondas de liberalización que se mantienen en la Organización Mundial del Comercio (la octava acordada el 14 de noviembre pasado en Qatar) serán todas ellas verdaderos jaques a la globalización, más allá de su retórico o sincero reconocimiento de los intereses de los países subdesarrollados. Un hombre tan poco sospechoso de haber organizado las manifestacio-

nes antiglobalización de Seattle, Praga o Génova como Alan Greenspan, ha subrayado recientemente algunas de las evidentes debilidades estructurales de nuestro sistema global y también ha recordado los retos que para el conjunto del proceso han supuesto las crisis financieras de 1997/98 y las tensiones de algunas economías de mercado emergentes durante el 2000, en probable referencia a un grupo encabezado por Argentina. Y en relación con los países del Tercer Mundo ha señalado que “la actuación más eficaz que pueden realizar los países industrializados para eliminar el terrible problema de la pobreza en muchos países en desarrollo sería abrir sus mercados unilateralmente a las importaciones de estos países”.

Sabemos perfectamente que la pobreza genera exclusión y que la exclusión sin esperanza puede engendrar conflictos violentos. No todos los terroristas son pobres, ni mucho menos, pero la pobreza y la ignorancia son ingredientes básicos para que calen sus mensajes destructores. Y la verdad es que, hoy por hoy, les sobra abono para el cultivo del terror en muchos rincones del mundo. Unos 2.000 millones de personas, la mitad de los habitantes de los países subdesarrollados, viven en lugares que apenas han experimentado un mínimo crecimiento económico en las dos últimas décadas. De ellos, 1.000 millones (es decir, el 20% de la población mundial) vive con menos de un dólar al día.

Por todo ello, como ha señalado James Wolfensohn, Presidente del Banco Mundial, “nuestro objetivo común debe ser el erradicar la pobreza y fomentar la integración y la justicia social para introducir a los marginados en la corriente principal de la economía y la sociedad mundial”. La integración significa garantizar que todos tengan oportunidades de conseguir un trabajo remunerado y que las sociedades eviten las grandes desigualdades de renta que puedan amenazar la estabilidad social. Pero la integración también significa permitir a las personas su participación en las decisiones clave que afectan a su vida.

Si no conseguimos estos objetivos trascendentales, al menos parcialmente, estaremos creando una situación ideal para que el imperio de la confusión y la inseguridad que ahora empieza a dominarnos siga avanzando. Aquí tenemos un reto gigantesco del Primer Mundo, que no se alcanzará con apelaciones retóricas a la “globalidad responsable” mientras la ayuda a África disminuye año tras año, desde 36 dólares por persona de 1990 a los 20 dólares actuales, o mientras los países pobres no puedan producir o importar medicamentos a bajo coste para combatir el sida, cuando la Organización Mundial de la Salud habla de más de 40 millones de personas contagiadas en el mundo, de los que 28 millones son africanos. Como ha señalado crudamente Debora L. Spar, profesora de la Harvard Business School, “el capitalismo estilo USA no es necesariamente la panacea para las enfermedades del mundo”; y la erróneamente llamada Nueva Economía, “dominada por las firmas high tech, las empresas financieras y los gigantes creados gracias al dominio de la información, que proporcionaron niveles hasta entonces desconocidos de prosperidad en Estados Unidos durante los años 90, ha sido vista en muchas partes

del mundo como un camino equivocado y ha creado muchos resentimientos que es preciso apagar sin demora alguna.

Los atentados del 11 de setiembre, que fueron una catástrofe de origen humano (“el género más terrible de los desórdenes”), han disparado muchas alarmas y movilizado numerosas voluntades en la lucha contra el terrorismo global que cualquier persona de bien debe aplaudir. Pero hay que reflexionar y actuar también sobre las causas, económicas o no, que impulsan a tanta gente a afrontar la posibilidad de morir emigrando o la certeza de morir matando. Mientras tanto, no nos queda otro remedio que prepararnos para vivir en un futuro que sabemos distinto pero no en qué medida. Tenemos que acostumbrarnos a convivir con la inestabilidad y la incertidumbre.

Muchas gracias.